



NUM. 19. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 10 DE MAYO DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



edicando el señor don Pío Hernandez Fraile, se celebró el aniversario del Dos de Mayo con gran solemnidad en la iglesia de San Isidro. El predicador en una oracion muy bien sentida y digna de elogio, censuró á los que pudieran pretender que se borrara el recuerdo de ese

dia. Imposible, decia animado de un fervoroso celo, imposible que haya un español que pretenda dar al olvido memorias tan gloriosas, levantamientos populares tan heróicos como justos. No se trata de hacer revivir odios y rencores que ya no existen y que debieran extinguirse si existiesen; se trata de conmemorar los esfuerzos de nuestros padres en favor de la independencia de la patria, y de mostrar al mundo que la nueva generacion conserva hácia la antigua el sentimiento de gratitud y de admiracion á que se hizo acreedora.

Pero si solemne estuvo el aniversario religioso, la funcion cívica no se verificó, es decir, la procesion que todos los años se encamina desde el templo de San Isidro al monumento del Prado no tuvo efecto. ¿Por qué? El diputado señor Calvo Asensio interpeló el dia 4 al gobierno sobre este punto, y véase lo que dijo el señor ministro de la Gobernacion:

«Se pregunta si el no haberse cumplido con el programa de la fiesta ha sido efecto de alguna medida del gobierno. Confieso que me da rubor contestar á esta pregunta. Podremos tener gran distancia en opiniones políticas su señoría y nosotros; pero cuando se trata de la independencia del pais, no admito derechos en nadie para creer que puede tener ni un adarme de superioridad en esa materia.

«La fiesta del Dos de Mayo es una fiesta puramente del municipio, que celebra la localidad. El gobierno lo sabe; pero ni el ayuntamiento le habla ni tiene que hablarle sobre esa fiesta; le ha pasado sus esquelas de invitacion como á todos. Por consiguiente, el gobierno no tuvo parte ni en el programa ni en su ejecucion.

«He querido despues enterarme de lo sucedido, y he sabido que, amenazando lluvia, el capitan general preguntó al corregidor si formaba la tropa. El corregidor consultó á los concejales, y se vieron los precedentes. Se vió el precedente de 1855, y se observó que el ayuntamiento en 1855 habia acordado que no saliese la procesion, no porque lloviese, sino porque amenazaba llover. Con este precedente autorizado, el ayuntamiento acordó que no hubiese el sábado procesion.»

Análogas esplicaciones dieron el señor capitan general de Madrid, don Enrique O'Donnell y el señor ministro de la Guerra don José de la Concha.

De todos modos, habiéndose notado la omision de la funcion cívica, el dia 3 por la noche multitud de personas acudieron al Prado; hubo músicas y luminarias y se echaron coronas al interior de la verja que cierra el monumento.

En el mismo dia 4 en que se daban en el Congreso las esplicaciones susodichas, celebraba sesion el Senado; y al tratarse de la autorizacion al gobierno para plantear los presupuestos, los generales Narvaez y Prim cambiaron algunas frases, atacándose mutuamente. Asistia á esta sesion desde una tribuna el duque de Brabante, y hemos oido referir á un amigo nuestro una anecdota que con el secreto debido vamos á comunicar á los lectores. Dicen que el duque de Brabante no posee con perfeccion la lengua española; y notando el calor con que hablaban los oradores, se volvió á uno de sus gentiles-hombres, algo mas versado en nuestro idioma, preguntándole:—¿De qué se trata?—De presupuestos, le contestó el gentil-hombre.—Pues me parece, repuso el duque, que se separan un poco de la cuestion.

Tenemos tambien en Madrid al hombre de cabeza mas firme que se conoce en el mundo, á un hombre que, habiéndose encontrado en las mayores alturas posibles, jamás se ha mareado ni ha tenido esos vértigos que suelen dar las posiciones elevadas, hombre que mira con ojos serenos al sol como el águila, y camina con segura planta por entre las nubes sin mojarse, semejan-

te á Proserpina que marchaba sobre las espigas de trigo sin doblegarlas. Ya se entenderá que no hablamos de ningun presidente del consejo de ministros, ni de ningun hombre político. Nos referimos al acróbata Blondin, el que atravesó con una cuerda las cataratas del Niágara. El señor Blondin dicen que ha obtenido permiso para dar algunas funciones en el Retiro, cuyo estanque atravesará tambien por medio de otra cuerda á conveniente altura. Despues del triunfo del Niágara solo faltaba un timbre á su gloria, y era sin duda atravesar el famoso estanque donde se mecen las falúas de S. M., y los patos y gansos que forman la delicia de los niños y de las niñas. Las armas de Mr. Blondin tendrán de hoy masen uno de los cuarteles el Niágara en campo azul, y el Retiro en campo de plata, ambos atravesados por barras á guisa de cuerdas.

Mientras del extranjero nos llegan estas maravillas, enviamos allá las nuestras. Sabido es que en Nimes (Francia), subsiste bastante bien conservado el circo que construyeron los romanos. Este circo se ha habilitado para plaza de toros, y el domingo 10, dia en que sale á luz este número, y el jueves 14, deben darse allí dos corridas dirigidas por el Tato y el Regatero con sus respectivas cuadrillas. El martes 4 salieron de Madrid estos artistas con todos los instrumentos de su arte, para hallarse á punto en el antiguo circo en los dias señalados. Ya nos dirán qué tal ha sido el ganado: es muy probable que no dé juego, pero el espectáculo no dejará de ser vistosísimo, y sobre todo interesante, como dado en aquel circo cuya arena se enrojeció tantas veces con la sangre de los gladiadores y de las fieras, y cuyas galerías resonaron frecuentemente con el rugido popular de ¡*Christianos ad leones!*

El jueves último se celebró en el teatro del Príncipe una funcion dramática con el objeto de adquirir un nicho perpetuo para trasladar á él los restos mortales del célebre actor trágico Carlos Latorre. En esta funcion tomaron parte los actores principales de los tres teatros del Príncipe, Circo y Variedades. Romea estuvo felicísimo en la comedia *Mi secretario y yo*, Matilde Diez sobresalió como nunca en *La sociedad de los Trece* y Teodora Lamadrid y Arjona brillaron como siempre en la *Novia impaciente*. El público que llenaba todas las localidades aplaudió á todos.

Este verano vamos á tener varios circos ecuestres y gimnásticos: el que ha fabricado el señor Rivas en Recoletos comenzó el jueves sus funciones dirigido por Cimiselli. No se han publicado en los periódicos los

anuncios de costumbre ni la lista de los artistas de la compañía, ni los precios de las localidades. La compañía de Price, con escogidos artistas, se presentará también en breve á dar sus funciones en el local acostumbrado. En el Circo se ha presentado el acróbata Haslan, un niño, cuyos ejercicios en los tres trapecios merecen verse.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA NIEVE Y EL HIELO

EN SU IMPORTANCIA GEOLÓGICA.

I.

La nieve cubre á veces en el invierno la capa superior de la superficie terrestre; en los países de la zona tórrida no sucede así nunca, pero en los polos y en los montes elevados la hay siempre. Los límites de las nieves perpetuas y la región del hielo están por término medio á los 70° de latitud Norte y á los 60° de latitud Sur, sobre el nivel del mar. En las zonas templadas hay montes con nieves perpetuas á unos 7,000 pies sobre este mismo nivel, pero en el ecuador no se encuentran hasta una elevación por lo menos de 16,000 pies.

En los puntos en que la nieve no se derrite en el verano, ó donde solo se derrite parcialmente, cada año va amontonándose mayor cantidad, y como esto sucede de un modo periódico formándose en los intervalos una costra de hielo debida á la acción del sol ó cayendo polvo atmosférico sobre su blanca superficie, resulta de ello que se produce una especie de amontonamiento de la nieve, en el cual siempre vienen nuevas capas de ella á caer sobre las antiguas.

La tierra, pues, sería cada vez mas abultada hácia los polos, y los montes cubiertos de nieve serian cada vez mas altos si no tuviera lugar una especie de compensación de este aumento constante. Esta especie de compensación consiste (aparte del derretimiento parcial que se verifica en los días de sol aun en las regiones polares mas elevadas), en la evaporación, en la compresión producida por el cambio de la nieve en hielo, y en la separación de las partes. Las capas nuevas oprimen á las antiguas, el agua que destilan y que es semejante al rocío penetra en ellas, y poco á poco se cambian en hielo polar y en ventisqueros. Este hielo se encuentra en latitudes mas bajas, en pedazos separados y movedizos y á menores latitudes aun en ventisqueros; considerémosle, pues, en este último caso.

Los ventisqueros no son de modo alguno grandes masas de agua helada como se ha creído antes, sino que han debido su formación á la nieve de las montañas elevadas. Esta nieve es llamada *firn* por los alemanes, luego que ha perdido su primitiva blandura, y que por estar una encima de otra en una temperatura cambiante, y por hallarse penetrada del agua que destila ella misma, ha adquirido una forma granulada en vez de la globular que antes tenia. En las regiones que se hallan á una altura mayor que el límite de las nieves perpetuas, en los Alpes, por ejemplo, á 8,000 pies sobre el nivel del mar, la nieve antigua no se derrite nunca, y por lo tanto estas comarcas montuosas debian necesariamente elevarse cada año algunas pulgadas, lo cual en el transcurso de siglos supondria mucho si las masas de nieve no se precipitaran sucesivamente á los valles y abismos, impidiendo de este modo su elevación constante. Los granos de hielo antiguo se van uniendo cada vez mas unos á otros hasta que por último forman un hielo compacto, un hielo de ventisqueros que sin embargo no es tan denso como el que ha nacido inmediatamente del agua, sino que se distingue siempre por granos y por innumerables grietas pequeñas en todas direcciones.

Los ventisqueros son, pues, masas de nieve antigua comprimidas en desfiladeros ó valles y convertidas en hielo. En los Alpes, por ejemplo, se encuentran la mayor parte de ellos de 2,000 á 4,000 pies mas bajos que el límite de las nieves perpetuas. Seria completamente imposible que pudieran durar en una posición tal, si su masa no se renovara constantemente. En la realidad se derriten por su superficie mientras dura el estío, particularmente por su parte inferior, perdiendo una cantidad de hielo mucho mayor que la que reciben de nieve durante el invierno, como lo demuestran las cavidades formadas por todos los granos de arena, y las elevaciones de las llamadas mesas de los ventisqueros; pero á pesar de todo la mayor parte de ellos conservan desde hace mucho tiempo la misma altura y espesor. Naturalmente esto no puede suceder mas que por la acumulación constante de nuevo hielo de las regiones superiores; por una multitud de circunstancias está probado que este movimiento se verifica en efecto, y que los ventisqueros en todas sus partes se mueven casi siempre por abajo; las pruebas principales de esto se encuentran en las partes salientes de sus estremidades, en la naturaleza de las *moranas* (muros de escombros de los ventisqueros), y en las medidas tomadas directamente.

Se habia observado hacia mucho tiempo que los es-

treminos inferiores de los ventisqueros no siempre estaban en el mismo punto, sino que unas veces retrocedian y otras avanzaban. Lo primero se verifica puramente por el derretimiento, pero lo segundo no es el resultado de la formación de un nuevo hielo en el extremo inferior, sino que es debido al aumento que ha tomado todo el ventisquero que le hace estenderse mas en el valle. Se deduce de aquí que los ventisqueros, cuyo extremo inferior permanece siempre en el mismo punto, deben esta circunstancia al equilibrio de las dos fuerzas que obran en él; cuando el deshielo está equilibrado por el aumento, el extremo del ventisquero permanece siempre en el mismo punto. En el transcurso del tiempo todos los ventisqueros han debido llegar naturalmente á este estado; han tenido que aumentarse ó que disminuirse todo el período necesario para establecer en ellos el equilibrio; pero no siendo igual la temperatura media del año, é influyendo además en el estado de los ventisqueros, no solo la temperatura media, sino tambien la clase de tiempo que segun la dirección de los vientos dominantes ejerce una influencia desigual en ventisqueros cuya situación es distinta, es muy natural no solo que todos ellos retrocedan algo en períodos secos y cálidos, y que avancen en los muy frios, húmedos y abundantes en nieve, sino tambien que en condiciones ordinarias, y debido á la desigualdad de la acción de los vientos, haya algunos que avancen y otros que retrocedan; ambas cosas son el resultado necesario de una combinación de circunstancias influyentes.

Otra prueba del aumento constante de todas las partes de los ventisqueros, se deduce como hemos dicho de la naturaleza y formación de las moranas, que se producen de este modo: de las pendientes escarpadas de los valles de los ventisqueros caen pedazos de piedras impelidos por vientos, aguas y avalanchas, los cuales quedan en el hielo á la orilla del ventisquero. En estas moranas de los lados se hallan siempre juntas todas las clases de piedras que están en mayor masa en la pendiente del valle á que corresponden en el ventisquero. Si permaneciesen en el punto en que caen sobre el hielo, no sucederia así; entonces debiera hallarse en las moranas de los lados solo aquellas piedras que están precisamente encima en la pendiente; pero puesto que hasta en el extremo inferior del ventisquero se hallan en las moranas todas clases de piedras, algunas de las cuales están á veces dos millas mas arriba, se deduce de aquí un transporte constante de piedras por el ventisquero que se verifica del modo siguiente: las piedras caen aquí y allí en diferentes puntos desde las pendientes de rocas de los ventisqueros, pero como estos siempre se estienden, las piedras que están sobre ellos van avanzando por el valle, mientras caen otras nuevas sobre nuevos puntos del hielo; por el contrario, si el hielo permaneciera siempre lo mismo, produciria en puntos aislados un gran amontonamiento, formando una pared de piedras bastante iguales, la cual contendria fragmentos de todas las partes del valle hácia las cuales se hubiera estendido.

Este aumento se ve de un modo aun mas claro en las moranas del medio, las cuales se forman de la unión de dos ventisqueros y de sus moranas de los lados. Las del medio no pueden recibir mas aumento de las pendientes de los valles; están compuestas solo de piedras y masas de escombros, que antes de la reunión de dos ventisqueros formaban sus moranas de los lados.

A veces por el número de los moranas del medio se puede reconocer en el extremo inferior de un ventisquero cuántos de estos se han reunido en uno; pero esta deducción no puede hacerse con seguridad completa, porque muchos ventisqueros pequeños carecen de moranas de los lados, y porque otro ó una morana del medio que se halle cerca de una de los lados, al estenderse se une á veces con otra, lo cual sucede en parte por el movimiento desigual del hielo, y en parte tambien por la marcha especial de las piedras sobre el hielo.

En el ventisquero del Aar, por ejemplo, no se puede distinguir más que una morana y dos mas pequeñas que van en dirección paralela, habiéndose reunido unos veinte ventisqueros menores á este gran mar de hielo.

La tercera prueba del aumento constante de todas las partes de los ventisqueros se ha obtenido por las mediciones directas, y es naturalmente la mas importante, puesto que da al mismo tiempo la explicación acerca de la velocidad y de la desigualdad de lugar del movimiento.

Estas observaciones se han hecho de algunos años á esta parte, y son debidas principalmente á la actividad incansable de Agassiz, Forbes y los hermanos Schlagintweit. Antes se habia medido el progreso que tenian las estremidades inferiores de los ventisqueros ó las grandes moranas aisladas, pero en 1842 Mr. Wild comenzó bajo la dirección de Agassiz la medición del ventisquero del Aar; esta operación, repetida durante varios veranos y siempre en el mismo punto, dió resultados muy detallados. El movimiento progresivo del hielo se vió que era mucho mayor en la región media de su extensión á lo largo, y lo mismo en la de su anchura. Forbes ha observado que el mayor movimiento del ventisquero des Bois en 24 horas era de 52 pulgadas, pero no todos tienen un aumento tan considerable.

En todo caso se ve por estas observaciones que los ventisqueros, no solo se mueven en el centro de su anchura con mas velocidad que en los bordes de los lados, sino que en general avanzan tambien mas en su centro que hácia sus extremos. Estos resultados eran inesperados en parte, á lo menos; de ellos se deduce que el hielo de los ventisqueros se mueve por leyes semejantes á las que dirigen las aguas de los rios, pero infinitamente mas despacio; por decirlo así, los ventisqueros corren por los valles. Parece extraño sostener que corra un cuerpo tan rígido como el hielo, por lo cual necesita una explicación.

Los ventisqueros llenan todas las sinuosidades y desigualdades de los valles. Si uno de estos ocupado por un ventisquero se estrecha mucho por un punto y se ensancha por otro, y esta diferencia se repite muchas veces, en ese caso todas las partes anchas se llenarán de hielo. Un cuerpo tan rígido como éste no podria entrar por una abertura mas angosta que él sin abrirse completamente, pero aun cuando esto no sucediera así á costa de su integridad, en ningun caso se uniría á la forma de la parte ancha; esto es lo que sucede con los ventisqueros, y por lo tanto es una confirmación de la movilidad de sus partes.

En los ventisqueros se abren grietas por las cuales la vista puede penetrar muy adentro; estas grietas aparecen principalmente en aquellos puntos en los que la forma del valle exige que el hielo haga una curva. Las grietas son una propiedad de los cuerpos sólidos en oposición á los líquidos, pero ¿dónde está la línea divisoria y determinada entre lo sólido y lo fluido? ¿Cuál es el momento en que no llamamos ya líquida, sino sólida á la cera? ¿Qué cuerpo sería en general suficientemente duro para no dejar en él las huellas de una presión bastante fuerte? ¿Cómo se verifican por último las combinaciones de cuerpos sólidos con fluidos, como por ejemplo, de la arena húmeda? Todas estas cuestiones son muy interesantes, y la última mas tal vez que las demás.

Por un gran número de observaciones se ha deducido que las partes que componen los ventisqueros deben ser necesariamente movibles en cierto grado, pero hay que examinar cómo se verifica esto.

Agassiz ha deducido de sus propias observaciones lo siguiente acerca del movimiento progresivo de los ventisqueros: que un ventisquero se mueve solo porque su masa se ha hecho en cierto modo resbaladiza por el agua que ha penetrado en ella; que la diferencia de la velocidad del movimiento de los diferentes ventisqueros y de las distintas partes de ellos, es debida á su desigual espesor y á la diferencia de su inclinación, este caso es lo mismo en las corrientes de agua; que las alteraciones periódicas en la velocidad dependen del estado de saturación de agua en que se halla el hielo del ventisquero, y que la precipitación del movimiento en la primavera en que parece ser mayor la velocidad de los ventisqueros, hay que atribuirle además de las causas ya dichas, á la extensión que toma por el agua congelada que hay en las grietas.

Saussure que ha sido el primero que ha estudiado á fondo los fenómenos de los ventisqueros, y Gruner, antes que él, consideraban que su movimiento era debido á que las masas superiores del hielo ya antiguo, hacian resbalar á las que se hallaban debajo, sobre un plano inclinado. Esta explicación era tan sencilla y parecia tan natural, que se miró mucho tiempo como exacta sin investigar mas; pero cuando Venetz demostró que las rocas erráticas del Jura solo podian ser llevadas allí por los ventisqueros, se vió bien cuán imposible era que solo por resbalar en la superficie inclinada de estos hubiesen podido llegar hasta allí, puesto que toda la inclinación que hay desde la cima de los Alpes hasta las piedras del Jura no llega á dos grados completos; desde entonces se trató de investigar cuál era la causa de este movimiento.

Charpentier creyó poder demostrar que el movimiento de los ventisqueros se verificaba por la extensión interior de los mismos y por la congelación durante la noche de las gotas de rocío que en los días cálidos se desprenden del hielo y caen en las grietas que hay en el hielo del ventisquero, y que á veces corren en innumerables arroyos sobre la superficie. Agassiz modificó en parte esta opinión, pero él mismo la desechó despues. Petzholdt presentó una hipótesis, segun la cual el hielo debia dilatarse por el frio, siendo así que Brunner ha demostrado que el hielo, como todos los demás cuerpos sólidos, se dilata por el calor y se contrae por el frio. Tampoco puede darse crédito á la absurda suposición de algunos naturalistas, segun la cual los ventisqueros se moverian por una vida interior y orgánica que les seria propia.

Por lo tanto, se debe considerar ya como indudable que el movimiento de los ventisqueros consiste principalmente en un curso que los hace estenderse aunque con lentitud y en el resbalamiento por su propio peso y por la presión de las masas de hielo ya antiguas; en una escala inferior puede influir tambien el aumento de volumen del agua congelada que hay en las grietas, la cual se estiende un $\frac{1}{3}$ al solidificarse.

¡Ignorado artista! ¡el autor de Santa Escolástica y del Santiago peregrino! ¡Ah! confesemos aquí que las injusticias de los hombres son muy grandes, y que nada como ellas enseña al espíritu de poca fe á desprenderse de la virginal modestia.

Ferreyro vivió en la oscuridad; sus contemporáneos parecían á veces dudar de sus fuerzas. Alvarez mismo, no conoció el tesoro de inspiración que encerraba el alma dulcemente ensoñadora, de aquel cuyos modelos se le presentaban para que les diese su beneplácito. Hijo de nuestras montañas, tenía algo de la proverbial reserva y sencillez de los montañeses, cuya vida ignorada pasó como ellos: ¿quién sabe dónde reposan sus cenizas?

No le faltó inspiración, pero sí espacio; si hubiera visitado á Roma, estamos seguros que hoy su nombre se repetiría juntamente con el de Cánova. Hubieran desaparecido los groseros defectos que deslucen algunas de sus obras; pues aquel simul que nos habla del diamante cubierto de fango, puede aplicársele algunas veces. Si Ferreyro hubiera visto mas, si no hubiera vivido entregado solamente á sus propias fuerzas, ¿sabe nadie qué obras nos hubiera legado? Sin embargo, este artista, que no salió de Galicia, que no tuvo por maestro mas que otro artista de segundo orden, que vivió aislado y desconocido, y á quien una penosa indigencia vino á amargar sus últimos años, nos legó obras de un mérito tal, que levantan su nombre del olvido y que le proclaman verdadero artista.

¡Feliz él, que ni ambicionó la inmortalidad ni creyó en ella! Fue alma creyente que pasó por este mundo, y nos dejó como un recuerdo, algo de aquellas celestiales visiones que le acompañaban en su soledad (1).

MANUEL MURGUÍA.

También en París se agita la gran cuestión de los cementerios. París crece y los cementerios deberían trasladarse mucho mas allá de su actual recinto. Con este fin el prefecto del Sena ha nombrado una comisión que estudie el asunto. Pero lo que debe hacerse es levantar ciudades nuevas, barrios nuevos; porque trasportar cementerios enteros y cementerios antiguos es imposible. El del padre Lachaise, que sirve en París desde 1804, ¿cuántos miles de cadáveres no ha recibido? Y luego todas aquellas tumbas, todos aquellos monumentos y mausoleos, jardines y propiedades de familias que concedieron perpetuamente, las estatuas y glorias del país, ¿deberán caer bajo la piqueta destructora? Y no hay remedio. Las ciudades crecen: los cementerios deben alejarse para dejar sitio á los vivos. No hay alternativa, ó declarar en bancarota á la muerte, ó levantar barrios y pueblos nuevos en otras partes respetando los cementerios.

Los periódicos extranjeros han referido en esta semana, que una jóven enamorada perdidamente, pero llena de desesperación, había resuelto cortarse los dos brazos con una navaja. ¡Infeliz! Sin embargo, debía sufrir mucho para lograr su objeto al tener ya un brazo cortado, ¿por qué cómo podría cortarse el otro?

Un periódico alemán cita el catálogo de una colección de objetos de artes y antigüedades reunidas en Alemania en el siglo pasado, y consta entre los objetos mas preciosos un cinturón de pellejo arrancado de las espaldas de un turco que estaba muy gordo. Este objeto está clasificado con el número 1,329.

Resulta, pues, que un anticuario del siglo pasado tuvo la idea primera de hacer figurar en su gabinete la piel del hombre preparada. Mas adelante, en Francia, en otro catálogo se mencionaba un manuscrito encuadernado con piel humana, sin hablar de unos pantalones que una vez se hicieron de igual tejido.

En Francia acaba de recibir un sordo-mudo de nacimiento, el conde de Chatelux, el grado de licenciado en letras, habiendo sufrido su examen por escrito. Este triunfo rehabilita gran número de seres que permanecían alejados de estos gozes científicos. Al mismo tiempo la señorita Emma Chenu acaba de obtener el diploma de bachillera en ciencias. Toda la prensa ha aplaudido este hecho, pero un periodista asegura que jamás se casaría con ella, jamás se avendría á recibir por esposa á un estudiante, á un bachiller en ciencias.

(1) Para que se vea cuán ignorado vivió, y cuán poco aprecio se hizo de sus obras, bastará decir que no hace un año, que uno de sus herederos, al querer desprenderse de sus modelos, entre los cuales se hallaba el de la Santa Escolástica, tuvo que venderlos por la miserable cantidad de 520 reales!!!

PROVERBIOS EJEMPLARES.

AL FREIR, SERÁ EL REIR.

(CONTINUACION.)

—¡Y calificaba usted poco hace de acto desesperado su viaje! Diga usted lo que guste, le doy la enhorabuena, Carlos; dijo Isabel, maldiciéndose interiormente por haber provocado con sus infundadas sospechas la consabida reyerta.

—Y yo también, añadió Teresa.

—Crean ustedes, señoras, que no sé si estoy de enhorabuena ó de pésame. Son tan limitadas mis ambiciones, que si aquí tuviese la seguridad de encontrar una colocación decorosa, despues de concluir mi carrera, no saldría de España por cuanto hay en el mundo. Mis pobres hermanas han sido para mí dos ángeles, y solo el considerar que he de dejarlas aquí, me llena de amargura.

—¡Qué! ¿No se van con usted? preguntó Isabel.

—No, señora; no quiero esponerlas, sin necesidad, á los peligros de la navegación, y á los mas temibles aun del clima. Por otra parte, yo permaneceré allí—al menos esto he determinado,—solamente mientras el tío viva.

—¿Es de mucha edad?

—De unos sesenta años.

—¿Y dice usted que es muy rico?

—Segun noticias, él mismo no sabe lo que tiene.

—¡De modo que si ustedes le heredan!...—esclamó un si es no es mediatunda la mujer de Lozano; y variando de tono, un instante despues, continuó, chancéandose:—¡Vaya! ¡vaya! usted se nos queda por allá; las americanas tienen en sus ojos la fascinación de las serpientes de aquellos climas.

—Eso dicen los que se enamoran de americanas; exactamente lo mismo que los que se enamoran de españolas.

—¡Buenos son ustedes!—se atrevió á decir Teresa, animándose al ver lo amable que estaba su madre con Carlos.—¡Buenos son ustedes! Con las glorias olvidan al momento las memorias.

—Al tiempo doy por testigo.

—¿Y cuándo es la marcha? preguntó Isabel.

—Dentro de quince dias: iré en el primer vapor-correo.

—Ya sabremos alguna vez de usted por sus hermanitas.

—Y yo las encargaré que me hablen mucho de ustedes.

La visita de Carlos hubiera sido larga, á no llegar á lo mejor don Julian, persona antipática para Arenal. Asi, pues, despidióse al momento, quedando, no obstante, en volver á ver á las de Lozano, aunque no fuese mas que cinco minutos.

Isabel creyó notar en el solteron una inquietud y un desasosiego particulares, desasosiego é inquietud verdaderos en apariencia, pero en realidad teatrales, porque don Julian era todo un cómico, por mas que nunca hubiese pisado las tablas, ni aun en teatros caseros.

Mientras Teresa arreglaba las cortinillas del balcon, don Julian, como quien comprende el valor del tiempo y de la oportunidad, inclinó un poco el cuerpo hácia Isabel, y la dijo á media voz:

—Necesito hablar con usted á solas un instante.

—Mi hija me acompaña siempre,—respondió Isabel, á media voz también y con un gesto de estrañeza,—y puede oír todo lo que tenga usted que decirme.

—Se trata de un asunto delicadísimo; se trata de un secreto, y por mas confianza que me inspire Teresita, que, en verdad, me la inspira completa, yo no puedo, no soy dueño de revelarlo, sino á las personas absolutamente necesarias.

—Donde yo estoy,—amigo don Julian,—repuso la de Lozano, muy lejos de imaginar lo que su interlocutor iba á decirle,—bien puede estar mi hija.

—Isabel,—replicó el solteron, formalizándose cuanto pudo,—es un secreto del que depende la suerte, y lo que es mas, la honra de Lozano y de toda su familia. Si despues de lo que acabo de manifestar á usted, insiste en negarme unos instantes de audiencia á solas, estoy aquí de mas, me retiro con permiso de usted, y venga lo que Dios quiera.

—Pero...

—No se puede perder tiempo.

—Teresita,—dijo Isabel,—acaba de escribir á tu hermano, y vuelve en seguida. Que nadie entre aquí, sin pasar antes recado, mas que tú.

Salió Teresa para un gabinete inmediato, desde el fondo del cual se veía perfectamente el que abandonaba.

—Hable usted, don Julian, y que sea pronto; dijo Isabel, que siempre, sin saber por qué, había temido al hombre que á su lado estaba ahora, y cuyos ojos eran relámpagos.

—Voy á dar un paso que le demostraré á usted lo que su suerte me interesa, interés que no es de ahora, sino de muchos años atrás.

—No sé cómo interpretar esas palabras, don Julian. Si su interés es desinteresado,—respondió Isabel, marcando la última palabra,—le doy á usted mil gracias;

pero no alcanzo bien por qué no se dirige á mi marido, que, ciertamente, no peca de ingrato.

—Porque tampoco su marido de usted debe, por ahora, saber el asunto de que se trata.

—Pues si mi marido tampoco debe saberlo, yo no debo oírlo; dijo Isabel, disponiéndose á levantarse. Don Julian la cogió de un brazo, la hizo volver á sentarse casi á la fuerza, y exclamó, bajando mucho la voz:

—Su esposo de usted está perdido.

—¡Don Julian!

—Señora, es tan verdad lo que le digo á usted, como el sol que nos alumbrá.

—¡Perdido! ¿Y por qué? No lo creo, no lo creo.

—A poco de ser nombrado cajero el señor de Lozano, su principal recibió varios anónimos, en que se ponía en duda la pureza de su marido de usted en el manejo de los caudales á su cargo; pero los anónimos eran, sin duda, obra de alguna mala voluntad, puesto que nada resultó contra él, por entonces. Sin embargo, en ellos se hacían también maliciosas observaciones respecto de la desproporción que existía entre el lujo de ustedes y el sueldo de Lozano.

—¿Y mis bienes? ¿Y los negocios particulares de mi marido?

—Me consta que todo se tuvo presente, y que por la misma razón no se hizo caso de los tales papeluchos. Pero de entonces acá han variado completamente las cosas. Correspondiendo mal Lozano á la confianza de su principal, ha desfalcado la caja, y hoy resulta en ella un déficit de 8,000 duros. Es regular que ahora mismo se lo estén diciendo á Lozano.

—¡Virgen de los Dolores!

—Y lo que usted ignora, amiga, es que no basta pagar, suponiendo que su esposo de usted pueda, que lo dificulto: el Código, si llegan á mediar los tribunales, pena el abuso de confianza de una manera terrible, de una manera que, francamente, no me atrevo á indicar.

—¿Cómo lo pena? Acabe usted, acabe por Dios.

—Con presidio; respondió el bolsista, indiferente como si le hubiera dicho que con una multa de 20 reales.—Es un negocio de los diablos, amable Isabelita.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamó Isabel, temblando como una azogada, menos tal vez por las consecuencias que pudiera acarrear á la familia catástrofe semejante, que por el qué dirán; cosa que temía ella sobre toda ponderación. Pero habiéndole ocurrido en seguida una idea, salvadora sin duda, continuó:—¡Ah! ¡nada temo! ¡nada temo! Felizmente, hay con qué cubrir el desfalcó, si es que lo ha habido.

—¿Qué dice esta mujer? murmuró para sí don Julian.

—Gracias á Dios, habrá para salir del apuro.

Isabel sonreía triunfante.

—Mucho lo celebraría yo, Isabel.

—Las fincas que tengo en Estremadura valen 10,000 duros.

—¿Y si esas fincas no perteneciesen ya á ustedes? observó friamente don Julian.

—Mi marido no puede venderlas.

—Pues, hija, las ha vendido.

—¡Cóm! no puede ser; esa venta es nula.

—Esa venta, hermosa Isabelita,—repuso don Julian, conociendo que ya era tiempo de aventurar algun adjetivo lisonjero,—esa venta se ha verificado con todos los requisitos y formalidades que la ley exige.

—¿Y mi consentimiento?

—Su consentimiento de usted era, efectivamente, lo principal.

—Entonces...

—¿No concedió usted hace dos años, poder á su marido, para vender las fincas de que se trata?

—Sí señor.

—Pues bien; las fincas no se vendieron en aquella época; se han vendido posteriormente, sin noticia de usted, pero con el consentimiento dado en el poder hace dos años. Ya ve usted que la venta es válida.

—(¡Sin decirme nada!)—murmuró Isabel cada vez mas pálida.—Sí; ya lo veo; dijo luego en voz alta, contestando á la observación de don Julian.

—¡Le aseguro á usted, Isabelita, que Lozano se ha metido en un berengenal, que ya!

—¿Quién compró las fincas?

—Un servidor de usted; las he ido adquiriendo poco á poco; veía la ruina segura de usted por las peligrosas especulaciones de Lozano, y me propuse conservarlas, para salvar en un apuro su honra y la de su familia; que en las ocasiones deben conocerse los amigos. Por lo demás, lejos de ser para mí esta compra, negocio ventajoso, he podido emplear mucho mejor, en cualquiera otra cosa, mis fondos. He adelantado, además, varias sumas sobre alhajas que no he visto; por ejemplo, los 50,000 reales del aderezo... ¿Qué veo!

—¿Llora usted, Isabelita? ¿Llora usted? ...

Isabel solo podía articular entre sollozos esta palabra:

—¡Arruinados! ¡Arruinados!

—Ciertamente,—dijo don Julian,—la perspectiva no es muy halagüeña que digamos: ¡Lozano en un presidio, usted sin esposo, Teresita y el niño sin padre, y todos con una mancha en la frente!

—¿Qué va á ser de nosotros? ¿Qué dirán nuestros



LLEGADA DE JUAN VALJEAN Y COSETTE Á PARÍS.



MUERTE DE FANTINA.

LAMINAS DE LOS MISERABLES.

amigos? ¡Y en qué ocasión! ¡Cuando habíamos anunciado el baile para mañana! ¡Oh, qué afrenta! ¡Preferiría mil veces morir!

—Mañana dará usted el baile.

—¡Mañana!

—Sí; es preciso evitar á toda costa que la noticia cunda.

—Sí, sí,—esclamó rápidamente Isabel, enjugándose las lágrimas;—es necesario evitarlo. ¡Jesus, me moriría de vergüenza!... Pero ¿qué adelantamos con dar el baile, si no hay remedio para Lozano, si no es posible salvarle?

—Señora, creo haber dicho que las fincas son de usted, porque se las regalo yo, ó si le parece preferible, se las daré reducidas á metálico.

—¿Cómo quiere usted que yo admita? ¡Su proposición de usted es tan estraña!

—Repito que su esposo de usted irá á presidio, el nombre de la familia quedará infamado, mañana no habrá baile... Elija usted.

—¿Y si no hay desfalco? ¿Y si mi esposo hubiera tomado el dinero, con la seguridad de ponerlo en caja cuando se le pida?

—Necesario sería para eso que él contara con recursos, de que por su desgracia carece. Me consta, porque hace tiempo que estoy supliendo hasta la manutención de ustedes; lo digo con dolor, porque ya no debe ocultarse nada.

—¿Y ese hombre sin decirme una palabra! De modo que si usted no me lo descubre á tiempo, nos hubiéramos visto mis hijos y yo en medio de la calle el mejor día; y aun así...

—Ni usted, ni ellos se verán en la calle, si se admite mi oferta.

La vanidad reflexiona poco. Isabel se veía ya viviendo de limosna, habitando una boardilla con sus hijos, sin pan que llevar á la boca, sin vestido que ponerse, sin amigos, sin criados, sin nada. Ignoraba lo que son trabajos, y por consiguiente, desconocía la resignación. Así, pues, resuelta á todo para salir del conflicto presente, dijo:

—¿Y qué condiciones?...

—No hay condiciones, Isabelita; á no ser que llame usted condición el vivir separada de su marido, que tan mal ha mirado por el buen nombre y por el porvenir de su familia, y que, si da en hacer mas calaveradas bursátiles, la arruinará cien veces. Si yo le salvo

ahora, por usted y solo por usted, no respondo de salvarle en lo sucesivo.

—¿Qué me propone usted? ¿Abandonar á mi marido?... Jamás.

Este jamás lo pronunció Isabel tan friamente, que el bolsista debió interpretarlo como si le hubiese dicho: «estoy dispuesta á dejarle ahora mismo.»

—Eñhorabuena, Isabelita; usted es dueña de hacer su voluntad, y la contestación que acaba de dar á mi oferta es muy digna de usted, por mas que le sea costosa en extremo; pues para nadie es un misterio (y perdóneme usted la franqueza) que usted se casó con Lozano, sin amor.

—¡Don Julian!

—No hay mas don Julian que lo que usted oye—contestó el bolsista, con la insolente desfachatez del que sabe que pisa en terreno firme y que ha de ser necesario;—no lo digo yo, lo dice todo el mundo. Si soy duro con usted y aun casi grosero en este instante, es con el fin de que, penetrándose usted perfectamente de su verdadera situación, sea la redentora de su familia, por medio de un acto, que si bien puede ser censurado, no ofrece, ni con mucho, los graves inconvenientes de una irresolución. Yo hago lo que el cirujano, que, para salvar la vida de un enfermo, corta, á veces, por lo sano, aunque el paciente ponga el grito en el cielo.

—Pero señor, no comprendo—observó Isabel, ya tranquila como si tal cosa—qué necesidad hay de que yo me separe de Lozano.

—¡Oh, Isabelita! Hé ahí precisamente lo que puede llamarse mi condición, ya que algun nombre ha de dársele.

—Ahora voy comprendiendo... ahora voy comprendiendo.

Demasiado comprendía Isabel á su interlocutor, y porque le comprendía meditaba. Su situación era horrible: hallábase, como suele decirse, entre la espada y la pared: si no admitía las proposiciones de don Julian condenaba á miseria y deshonra perpétuas á su familia; aceptando, la víctima era ella sola: sacrificio por sacrificio, el menor era el último. Por otra parte, la separación de su marido y de sus hijos no debía serle tan sensible como á otras esposas y á otras madres, puesto que el amor que siempre tuvo Isabel á los suyos era un amor que fácilmente hubiera podido confundirse con el que tenía á sus vestidos, á sus capotas y á sus

sortijas. En ella, la pasión dominante era la vanidad, y la vanidad no acude á templar su sed, ni se satisface en las puras fuentes del corazón y del alma.

(Se continuará).

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS MISERABLES

POR

VICTOR HUGO.

TOMO III.

Acaba de repartirse el tomo 2.º de esta interesantísima obra, que comprende hasta el 4.º de la edición belga. Va adornado de bonitas lánimas.

Los señores suscritores han tenido ocasión de ver la celeridad con que, accediendo á sus deseos, se ha publicado este tomo. Esta celeridad ha sido tal, que seguramente no se habia borrado del ánimo de los lectores la viva impresión que en él dejara la lectura de las últimas páginas de una entrega, cuando ya habian recibido la siguiente.

Nada diremos del interés que despierta el tomo publicado, porque el público ha juzgado ya de él. Pero si conmovedoras é interesantes son sus páginas, aun son mas notables las del tercer tomo, que hemos comenzado á publicar, y que quedará repartido para mediados del mes próximo. Esta es una de las producciones que no pueden dejarse de la mano, una vez tomadas, hasta su conclusión. Por eso comprendemos perfectamente las instancias reiteradas de los suscritores para que las entregas se sucedan con celeridad.

Sigue abierta la suscripción á 10 cuartos la entrega en Madrid y 11 en provincias franco de porte.

En los puntos de suscripción se halla de muestra el tomo 1.º, que podrán recoger en el acto los que se suscriban.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Unos levantan la caza y otros la llevan á casa.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.